

En Gwynplaine no llegaba á realizarse la mala idea, y por eso no tenía remordimientos, pero tenía pesar. Vagas brumas de la conciencia.

Eso no era nada; tanto que la felicidad del viejo y de los dos jóvenes era absoluta, tan absoluta, que ya no eran pobres.

Desde 1689 á 1704 se verificó en ellos profunda mutación. En 1704 entraba á veces al caer la noche, en una pequeña ciudad del litoral, un grande y pesado carro cubierto, que conducían dos caballos robustos. Se asemejaba á un casco de navío puesto del revés, con la quilla por techo, el puente por piso, y colocado sobre cuatro ruedas grandes, altas é iguales. Ruedas, lanza y carromato, todo estaba pintado de verde, pero con gradación rítmica de matices, que recorría desde el verde de botella de las ruedas, hasta el verde de manzana del techo. Por el color conocían este carruaje en todas las ferias, y le llamaba Green-Box, que significa la caja verde. Sólo tenía dos ventanas, una á cada extremidad, y por detrás una puerta con estribera. En el techo, y de un tubo pintado también de verde, salía humo. Esta casa ambulante estaba siempre limpiísima y recién barnizada. En la delantera, en un banquillo unido al carro, al que servía de puerta la ventana, sobre el tronco de caballos y al lado de un viejo que manejaba las riendas, iban sentadas dos mujeres bohemias, vestidas de diosas y tocando la trompeta. La gente del pueblo, embobada, contemplaba y comentaba esta máquina, que andaba dando fuertes vaivenes.

Era la antigua choza de Ursus ampliada por el éxito y su tablado transformado en teatro.

Homo iba encadenado debajo del carromato.

El cochero viejo que guiaba los caballos era el filósofo en persona. ¿De dónde procedía esta rica transformación?

De que Gwynplaine era célebre.

Como se ve, con verdadero conocimiento de lo que es el éxito en el mundo, predijo Ursus á Gwynplaine que habían hecho su fortuna. Este fué educado por aquél. Desconocidos trabajaron el semblante del niño y Ursus trabajó su inteligencia; detrás de la llamativa máscara inculcó todos los pensamientos que pudo. Cuando el niño creció,

le sacó á la escena, esto es, á la delantera de la choza, y fué extraordinario el efecto que hizo esta aparición. En seguida el público quedó pasmado; nunca habían visto nada comparable á su sorprendente rostro. Ignoraban cómo se realizó ese milagro de hilaridad comunicable; unos le creían natural, otros artificial, y añadiendo conjeturas á la realidad, por todas partes, en las calles, en los mercados, en los puntos de feria y de fiestas, la muchedumbre se amontonaba por ver á Gwynplaine. Gracias á esta gran atracción, se llenó la pobre escarcela del grupo nómada, primero de *penny*, después de *liards* y finalmente de *sche-lines*. Cuando agotaban la curiosidad en un sitio iban á otro, y ródando de una parte á otra, se enriqueció la pobre barraca ambulante, y de año en año, de pueblo en pueblo, aumentando la talla y la fealdad de Gwynplaine, alcanzó la fortuna que Ursus le predijo.

—¡Es grande el favor que te hicieron!— exclamaba el filósofo.

Las ganancias permitieron á Ursus, administrador del éxito de Gwynplaine, hacer construir el carro cubierto en que soñaba, que fué suficiente grande para contener un teatro y esparcir la ciencia y el arte por calles y por plazas. Además, al grupo que componían él, Homo, Gwynplaine y Dea, pudo agregar dos caballos y dos mujeres, las que hacían de diosas, como acabamos de decir, y de criadas. La barraca de volatineros debía tener el frontispicio mitológico. «Somos un templo errante», solía decir Ursus.

Las dos gitanas que recogió el filósofo entre la confusión nómada de pueblos y aldeas eran feas y jóvenes, y se llamaban, por voluntad de Ursus, una Febe y otra Venus. Febe era la cocinera, y Venus barria el templo. Además, los días de representación teatral vestían á Dea.

Fuera de lo que para los volatineros, como para los príncipes, se llama la vida pública, Dea vestía, como Febe y Venus, unas faldas de tela llena de flores, y una especie de sobretodo sin mangas, que dejaba ver los brazos libres. Gwynplaine usaba para sus trabajos y ejercicios de fuerza, alrededor del cuello y de los hombros, una esclavina de cuero. Este cuidaba de los caballos; Ursus y Homo cuidaban uno de otro. Dea es-

taba ya tan habituada á la caja verde, que la recorría con igual facilidad que si tuviese vista.

El que penetrase en la estructura íntima y en el arreglo del edificio ambulante, vería en un ángulo, atada á las paredes é inmóvil sobre sus cuatro ruedas, la antigua choza de Ursus, retirada ya del servicio, dispensada de rodar y de arrastrarse, lo mismo que Homo de tirar de ella; esta choza servía ahora de cámara y de vestuario á Ursus y á Gwynplaine y contenía dos camas; en el otro rincón, y frente á ella, se hallaba la cocina.

La repartición interior de un navío no es más precisa ni más á propósito que la de Green-Box. Estaba todo previsto y el local aprovechado. El coche estaba dividido en tres compartimientos con tabiques. Los compartimientos se comunicaban por huecos libres y sin puertas; una tela gruesa, á manera de portier, caía sobre ellos y medio los cerraba. El compartimiento de detrás era la habitación de los hombres, el de delante la habitación de las mujeres y el del medio era el teatro, que separaba á ambos sexos. Los efectos de orquesta y de maquinaria estaban en la cocina. Un camaranchón, situado bajo la curvatura del techo, contenía las decoraciones, y abriendo una trampa de dicho camaranchón, aparecían lámparas, que producían sorprendente iluminación.

Ursus era el poeta que escribía las obras teatrales. Poseía talentos diversos y hacía cosas particulares. Además de hacer oír voces distintas, producía accidentes inesperados, choques de luz y de obscuridad, formaciones espontáneas de cifras ó de palabras, á gusto del público; sobre un tabique reflejaba claroscuros, mezclados con el desvanecimiento de cabezas caprichosas, entre las que él, poco atento á la muchedumbre maravillada, meditaba.

Un día le dijo Gwynplaine:

—Padre, parecéis un brujo.

—Es porque lo soy, quizás—respondió el filósofo.

La Green-Box, construída bajo la hábil inspección de Ursus, ofrecía el refinamiento ingenioso de que, entre las dos ruedas de delante y las dos de detrás, el pannean central de la fachada de la izquierda giraba sobre la charnela con la ayuda de un juego de

cadenas y de poleas, y bajaba y subía, según se deseaba, semejante á un puente levadizo. Al bajar, dejaba en libertad tres varas largas de hierro apoyadas en gonces, que, conservando la vertical mientras el pannean bajaba, se colocaban rectas sobre el piso, como los pies de una mesa, y sostenían encima de él una especie de estrado, y el pannean quedaba transformado en terreno plano. Al mismo tiempo aparecía el teatro, aumentado con el plano que formaba la parte delantera de la escena.

La barraca-teatro existe todavía. En teatros ambulantes de esa clase se representaron en los siglos diez y seis y diez y siete, en Inglaterra, los bailes y las baladas de Anmer y de Pilkington; en Francia las églogas de Gilbert Colin; en Flandes, en las Kermesses, los coros dobles de Clemen; en Alemania el Adán y Eva de Theiles; en Italia las farsas burlescas de Animuccia y de Ca-Fossis; las silvas de Gemaldo; *El Sátiro*, de Laura Guidiccioni; *La desesperación de Fileno* y *La muerte de Ugolino*, de Vicente Galileo, padre de la astronomía, el que cantaba su propia música, acompañándose con la viola; y se representaban, por último, en esos teatros ambulantes los primeros ensayos de ópera italiana, que desde 1580 substituyeron la inspiración libre con el género madrigalesco.

El coche-teatro, de color de esperanza, que conducía á Ursus, á Gwynplaine y su fortuna, y en cuyo pescante Febe y Venus tocaban la trompeta, como dos Famas, constituía parte del conjunto bohemio y literario. Cuando llegaba á los pueblos y á las ciudades, en los intervalos en que no tocaban las trompetas, Ursus las comentaba con las revelaciones instructivas.

—Esta sinfonía es gregoriana—decía.— Ciudadanos y vecinos: la herejía gregoriana, ese gran progreso, se estrelló en Italia contra el rito ambrosiano, y en España contra el rito mozárabe, y triunfó con muy grande dificultad.

Después de dicho lo anterior, la Green-Box se detenía en cualquier sitio que Ursus designaba, y cuando llegaba la noche el pannean de delante de la escena bajaba, el teatro se abría y la función teatral empezaba.

El teatro de la Green-Box representaba un paisaje, pintado por Ursus, que no sa-

bla pintar; de ese modo, en caso necesario, el paisaje podía representar un subterráneo. Una cortina, que hacía las veces de telón, era una tela de seda á cuadros.

El público estaba por fuera, en la calle, en la plaza, formando semicírculo ante el espectáculo, bajo la influencia del sol y de la lluvia. Cuando era posible, se hacían las representaciones en el corral de una posada, y había tantas filas de palcos como pisos con ventanas. Estando de esta manera el teatro más cerrado, el público pagaba más.

Ursus se ocupaba de todo, de las piezas, de su gente, de la cocina y de la orquesta. Febe y Venus tocaban instrumentos extraños y el lobo formaba parte de la compañía. Frecuentemente, cuando aparecían en el teatro, juntos, Ursus y Homo, aquél con la piel de oso muy bien ceñida, y éste con su piel de lobo, mejor ajustada toavía, no se sabía cuál de los dos era el animal; esto complacía á Ursus.

## IX

## EXTRAVAGANCIAS QUE LAS PERSONAS DE MAL GUSTO LLAMAN POESÍA

La clase de obras que componía Ursus era de un género cuya moda ya ha pasado: una que ha llegado hasta nosotros se titula: *Ursus Rursus*; probablemente representaría en ella el papel principal.

Los títulos los ponía casi siempre en latín, y la poesía, muchas veces en español. El español era á la sazón lengua corriente, y los marinos ingleses hablaban castellano, como los soldados romanos hablaban cartaginés: leed á Plauto. Por otra parte, en el espectáculo, como en la misa, la lengua latina ú otra que el auditorio no comprendiese, á nadie molestaba. Salían del paso aplicándola palabras comunes. La antigua Francia gálica, particularmente, tenía esta manera de ser devota. En la igle-

sia, con la música de un *Immolatus*, los fieles cantaban *Riesse pendrai*, y con la de un *Sanctus*, *Base-moi, ma mie*. Fué necesario que interviniese el Concilio de Trento para acabar con estas familiaridades.

Ursus estaba muy contento de una pieza que compuso para Gwynplaine; era su obra capital; había puesto en ella cuanto sabía. Dar la suma de sus productos es el triunfo del que crea. El sapo que hace un sapo hace una obra maestra. Si lo dudáis, probad á hacerlo. La pieza favorita de Ursus la tituló *El caos vencido*.

Era lo siguiente:

Efecto de noche.—Al levantarse el telón, el público, aglomerado ante la Green-Box, veía el teatro negro. En su obscuridad, se movían, en el estado de reptiles, tres formas vagas, un lobo, un oso y un hombre. El lobo era Homo, el oso Ursus y el hombre Gwynplaine. El lobo y el oso representaban las fuerzas feroces de la Naturaleza, el hombre inconsciente, la obscuridad salvaje, y ambos se lanzaban contra Gwynplaine; eran el caos combatiendo al hombre. A ninguno se le veía la cara. Gwynplaine se batía cubierto con un sudario y su cabellera caída le ocultaba el rostro. Además, todo estaba obscurísimo. El oso gruñía, el lobo crujía los dientes y el hombre gritaba. El hombre había caído debajo de los dos animales é iban á concluir con él; pedía socorro y llamaba á lo desconocido, resollando. El público asistía á la agonía del hombre apenas perfilado, apenas distinto todavía de los brutos; esto era lúgubre y la multitud lo miraba jadeando; un minuto más de esta lucha y las fieras habrían triunfado y el caos se habría tragado al hombre. Tras la lucha, los gritos y los aullidos, reinó el silencio de improviso. Se oyó un canto en la obscuridad y el viento trajo los ecos de una voz. Misteriosas músicas flotaban acompañando al canto de lo invisible, y de repente, sin saber de dónde ni cómo, surgió una blancura. Esta blancura era una luz, esta luz era una mujer, esta mujer era un espíritu. Dea, tranquila, cándida, bella y llena de dulzura, apareció en el centro de un nimbo. La voz que cantó era la suya, voz ligera, profunda, inefable. De invisible se trocó en visible, y en su carrera cantaba. Al oírle les pareció oír la canción de un ángel ó el himno de un pá-

jaro. Al ver esta aparición, el hombre, impulsado por sobresalto deslumbrador, dejó caer sus puños sobre los dos animales aterrados.

Entonces la visión cantó unos versos de suficiente pureza española para los marinos ingleses que la oían.

Ora ¡llorai  
de palabra  
nace razón  
da luze el son.

Después inclinaba los ojos para mirar al abismo que estaba debajo de ella, y continuaba cantando; á medida que cantaba, el hombre se iba levantando, con las manos dirigidas hacia la visión y las rodillas apoyadas sobre las dos bestias, inmóviles y aterrorizadas. La visión miraba al hombre, y, acercándose á él con majestad de astro, volvía á cantar (1), apoyando la mano sobre la frente de aquél. Entonces se oía otra voz más profunda y más suave aún, voz sentida y violenta á la par, de gravedad tierna y feroz á la vez; era el canto humano que respondía al canto sideral. Gwynplaine, que continuaba en la obscuridad arrodillado sobre el oso y sobre el lobo vencidos, teniendo todavía posada en la frente la mano de Dea, cantaba (2).

De improviso, un surtidor de luz hirió de frente el rostro de Gwynplaine, y se vió en la obscuridad que el monstruo estaba satisfecho.

Es imposible describir la conmoción que agitó al público. Otro surtidor de risa saltó de él. La risa nace de lo inesperado, y nada tan inesperado como ese desenlace. Con nada es comparable el bofetón de luz que recibió el semblante del bufón terrible. De su risa se reían por todas partes, arriba, abajo, delante, en el fondo, los hombres, las mujeres, las viejas, las cabezas calvas, las caras rosadas de los niños, los buenos, los malos, las personas alegres y las personas tristes, todo el mundo, y hasta los transeuntes, que nada podían ver, al ver que la muchedumbre se reía, se reían tam-

bién, y las risas terminaban en aplausos y en patear en el suelo. Cuando cayó el telón llamaron frenéticamente á Gwynplaine. Esta farsa le proporcionó un éxito enorme; todos corrían á ver en ella al monstruo. Todos interrogaban: ¿Habéis visto el *Caos vencido*? Los indiferentes iban á reír y los melancólicos y todos. Era una risa tan irresistible la que ocasionaba, que parecía una enfermedad; y si hay una peste de la que el hombre no huye, es la del contagio de la alegría. El acontecimiento, no obstante, no había pasado del populacho, de la hez del pueblo. Iban á ver el *Caos vencido* por un penny; el gran mundo no va á ver espectáculos tan baratos.

Ursus estaba satisfecho de su obra y decía con modestia:

—Es del género de un tal Shakespeare.

La contraposición de Dea hacía producir mayor efecto á Gwynplaine. Su blanca cara al lado del gnomo, representaba lo que se pudiera llamar el asombro divino. El pueblo contemplaba á Dea con ansiedad misteriosa, porque veía en ella algo supremo de la virgen y de la sacerdotisa, que desconoce al hombre y que conoce á Dios. Sabiendo que era ciega, parecían que tenía vista. Estaba de pie en el umbral de lo sobrenatural y participaba á medias de nuestra luz y de la luz eterna; venía á trabajar á la tierra, pero como trabaja el cielo con la aurora. Hallaba una hidra y la convertía en alma. Tenía el aspecto de potencia generatriz, satisfecha y estupefacta de su creación, parecía leerse en su rostro, adorablemente azorado, la voluntad de la causa y la sorpresa del resultado. Parecía que amaba á aquel monstruo. ¿Sabía que lo era? Sí, porque lo tocaba; no, porque lo admitía. Esa noche y ese día confundidos resolvíanse en el espíritu del espectador en un claroscuro, en el que aparecían perspectivas infinitas. Cómo la divinidad puede unirse á lo monstruoso, de qué modo se verifica la penetración del alma en la materia, cómo el desfigurado se transfigura, cómo lo deforme se convierte en paradisiaco, todos los misterios que columbraba el público, complicaban con emoción casi cómica la convulsión de hilaridad que ocasionaba Gwynplaine. Sin penetrar en el fondo, porque el espectador se fatiga de profundizar y por eso no profundiza, comprendía algo

- (1) ¡Gébran barzon!  
Dexa, monstruo  
á tu negro  
caparazón.  
(2) ¡O ven! ¡jamal  
Eres alma,  
soy corazón.

más de lo que veía y ese espectáculo extraño le hacía pensar.

Lo que Dea sentía se escapaba á la palabra humana: estaba en medio de una multitud sin saber lo que es una multitud; percibía un gran rumor y nada más. Para ella una multitud era un soplo, y en el fondo sólo es esto. Las generaciones son soplos que pasan. El hombre respira, aspira y expira. Dea se hallaba sola entre la multitud y sentía el estremecimiento que produce estar suspendidos encima de un precipicio. De súbito, en la turbación del inocente angustiado y dispuesto á acusar á lo desconocido, en el sobresalto de la caída posible, Dea, serena, no obstante, y superior á la vaga angustia del peligro, aunque se estremecía interiormente de su soledad, volvía á encontrar su entereza y su apoyo; volvía á asirse de su hilo de salvación, del universo, de las tinieblas, y apoyaba la mano sobre la poderosa cabeza de Gwynplaine. ¡Inocente alegría! Posar sus rosados dedos sobre el bosque de cabellos encrepados de aquél y tocar la lana, despierta ideas suaves; Dea tocaba un cordero que ella sabía que era león, y todo su corazón se fundía en amor inefable. Se creía ya fuera de peligro, porque hallaba su salvador. El público creía ver lo contrario. Para los espectadores, Gwynplaine era el ser salvado y Dea el ser salvador. Y Dea, convencida, consolada y fascinada, adoraba al ángel, en tanto que el pueblo contemplaba al monstruo y sufría, también fascinado, pero en sentido inverso, la poderosa y contagiosa risa del saltimbanqui.

El amor verdadero no se desazona; siendo todo alma no puede entibiarse. Una brasa se cubre de ceniza, una estrella no. Estas impresiones exquisitas renovábanse en Dea todos los días y estaba predispuesta á llorar de ternura, mientras que el público se desternillaba de risa. Para ella estaba la alegría á su alrededor; Dea era feliz.

Por otra parte, el efecto de hilaridad, debido al aspecto imprevisto y terriblemente cómico de Gwynplaine, no era enteramente satisfactorio para Ursus; hubiera preferido la sonrisa á las carcajadas y causar admiración más literaria. Pero triunfar consuela. Se consolaba todas las noches con el éxito extraordinario contando cuán-

tas pilas de farthings hacen chelines, y cuántas pilas de chelines hacen pounds. Además, decíase que, después de todo, pasada la risa, el *Caos vencido* quedaba en la memoria del fabuloso número de espectadores que contaba. Tal vez no se engañaba, el público tasa las obras. Lo cierto es que el populacho, que veía con gran atención al lobo, al oso y al hombre; que escuchaba la música y los aullidos domados por la armonía, y comprendía que el alba disipa á la noche, aceptaba con simpatía confusa, pero profunda, y hasta con cierto respeto tierno, el drama-poema el *Caos vencido*, que significa la victoria del espíritu sobre la materia y que conduce á proporcionar al hombre la felicidad.

Tales eran los placeres groseros del pueblo; éstos le bastaban. El pueblo no tenía medios para ir á los nobles *matches* (*boxes*), y no podía, como los señores y los gentilhombres, apostar mil guineas en favor de Helmsgail y contra Phelem-ghemadone.

## X

## OJEADA DEL QUE SE HALLA FUERA DE TODO SOBRE LAS COSAS Y SOBRE LOS SERES

El hombre tiende á vengarse del que le divierte, y por eso desdeña al comediante. Al ser que me entretiene, que me consuela, que me hace ver lo ideal, que me es agradable y útil, ¿qué daño puedo hacerle? El de la humillación. El desprecio es una bofetada dada desde lejos; démosle ese bofetón. Me divierte, pues es vil; me sirve, pues yo le odio. ¿Dónde hay una piedra para arrojársela? Sacerdote, arrójale una; filósofo, échale otra; Bossuet, excomulgale; Rousseau, insúltale; orador, escúpele; apedreemos el árbol, que la fruta caiga y nos la comeremos. ¡Bravo! ¡bien! Recitar los versos de los poetas es estar inficionado de la peste. ¡Escóndete, histrión! Que su

éxito le saque á la vergüenza, que su triunfo acabe en burlas. Que reuna la multitud, pero que haga el vacío en torno suyo: las clases ricas, llamadas altas clases, han inventado para el comediante esta especie de aislamiento, el aplauso.

El populacho era menos feroz; ni aborrecía ni despreciaba á Gwynplaine; pero el último calafate del más insignificante buque, amarrado en el peor puerto de Inglaterra, se consideraba infinitamente superior al que servía de diversión á la canalla, y suponía que un calafate estaba tan por encima de un saltimbanqui, como un lord de un calafate.

Gwynplaine, pues, como todos los comediantes, era aplaudido, pero vivía aislado. Por otra parte, en el mundo todo éxito es un crimen que se expía. El que tiene la medalla tiene su reverso; pero la de Gwynplaine no tenía reverso, en el sentido de que eran agradables los dos lados de su éxito, porque estaba contento de los aplausos y contento de su aislamiento: los aplausos le enriquecían y en el aislamiento era feliz.

Ser rico para los pobres es no ser indigente; no tener agujeros en la ropa, frío en el hogar ni vacío en el estómago; poder comer hasta que se sacia el hambre y beber hasta que se calma la sed, es tener todo lo necesario, incluso un penny en el bolsillo para darlo á un pobre; esta riqueza indigente, que basta á la libertad, la había logrado Gwynplaine.

Respecto al alma era opulento, la tenía llena de amor; nada más podía apetecer y nada más deseaba.

Podía tal vez desear no ser deforme, pero si hubiera sido posible hacerle tal proposición, la hubiera rechazado. No hubiera querido quitarse la máscara y recuperar su verdadera cara. ¿Cómo, no siendo como era, hubiera podido mantener á Dea? ¿Qué hubiera sido de la infeliz y cariñosa ciega que le amaba? Sin la deformidad de su aspecto, que le aseguraba ser el clown único, sólo sería un saltimbanqui como otro cualquiera y quizás no ganaría diariamente lo suficiente para mantener á Dea. Estaba orgulloso de ser el amante protector de la pobre ciega. Las siete bocas abiertas de la miseria, la noche, la soledad, la desnudez, la impotencia, la ignorancia, el hambre y la sed, le iban acometiendo, y él fué el San

Jorge que exterminó al dragón. Triunfaba de la miseria de Dea con su monstruosidad, que le hacía útil, valiente y victorioso. Sólo con exhibirse recogía dinero; era dueño de las multitudes y se constituía en soberano del populacho, y esto le halagaba por Dea, porque podía atender á sus necesidades, sus deseos, sus caprichos, en la esfera limitada que puede tenerlos una pobre ciega. Gwynplaine y Dea eran el uno la providencia del otro; él se elevaba sobre las alas de ella, y ella se dejaba llevar en brazos de él. Nada es tan agradable como proteger y dar lo necesario á la que os ama, y Gwynplaine disfrutaba esta dicha suprema, que debía á su deformidad y que le hacía superior á todo: por ella se ganaba la vida y la de los otros; por ella lograba independencia, libertad, celebridad, satisfacción íntima. Las fatalidades eran impotentes ya contra él, porque se habían agotado después del golpe que le dieron y que él había trocado en triunfo; el fondo de la desgracia fué para él una cumbre elísea. Gwynplaine estaba aprisionado en su deformidad, pero con Dea; tenían un calabozo en el paraíso. Tanto mejor. Sus murallas los encerraban, pero los defendían. ¿Quién intentaba nada contra ellos, teniendo tan cerrada la vida á su alrededor? ¿Impedirían que alcanzase éxitos Gwynplaine? Imposible. Para eso era necesario quitarle la cara. ¿Le arrancarían el amor? Imposible. Dea no lo vería; su ceguera era incurable. Por consiguiente, ningún inconveniente tenía para Gwynplaine su deformidad, y tenía todas las ventajas. Era querido, no obstante ser un monstruo, y quizás por serlo. La imperfección y la deformidad se acercaron por instinto y se emparejaron. Gwynplaine no hubiera cambiado de cara por el mismo Apolo, porque ser deforme era para él la mayor felicidad.

Era tan dichoso que compadecía á los hombres que le rodeaban. ¿Qué veía á su alrededor? ¿Qué eran los vivientes, que su vida errante le presentaba como muestras y todos los días se reemplazaban unos á otros? Nuevas multitudes y siempre la misma multitud. Nuevos semblantes é iguales infortunios. Una promiscuidad de ruinas. Diariamente todas las fatalidades sociales formaban círculo alrededor de su dicha.

La Green-Box era popular.

El precio infimo atrae al pueblo, y acudían á ver al saltimbanqui los débiles, los pobres y los pequeños. Iban á ver á Gwynplaine como iban á beber ginebra, por comprar el olvido barato. Desde el teatro, aquél pasaba revista al populacho sombrío, y su espíritu se llenaba de las apariciones sucesivas de la inmensa miseria. La conciencia y la vida trabajan la fisonomía humana y era la resultante de una multitud de huecos misteriosos, en los que Gwynplaine veía las arrugas del sufrimiento, de la cólera, de la ignominia y de la desesperación. Aquellas bocas de niño no habían comido. Este hombre era padre; esta mujer madre, y detrás de ellos columbraba familias perdidas. Tal semblante salía del vicio y entraba en el crimen, comprendiendo por qué: por ignorancia y por indigencia. Tal rostro presentaba el sello de la bondad primitiva, borrado por la fatiga social y convertido en odio. En la fisonomía de aquella vieja veía se retratada el hambre; en la de aquella joven la prostitución. Entre la multitud había muchos brazos, pero pocas herramientas; esos hombres deseaban trabajar, pero les faltaba el trabajo. Veía que cerca del obrero se sentaba un soldado, algunas veces inválido, y Gwynplaine leía en ese espectro la guerra. En unos rostros leía la vagancia, en otros la explotación ó la servidumbre.

Gwynplaine sentía encima de él el pateo inconsciente de los poderosos, de los opulentos, de los grandes, de los favoritos de la suerte, y debajo de él veía el montón de caras pálidas de los desheredados; y se encontraba él con Dea, dentro de su felicidad, entre los dos mundos: arriba el mundo alegre y gozoso y que anda pisando al andar, y abajo el mundo sobre el que el otro marcha; hecho fatal que indica intenso mal social: la luz estrellando la sombra.

¡Qué loco es el hombre dichoso y cómo sueña! Porque Gwynplaine era feliz, pensamientos absurdos le atravesaban el cerebro. Porque una vez socorrió á una niña, sentía el deseo quimérico de querer socorrer al mundo. Nubes de sueños le obscurecían su propia realidad, y perdía el sentimiento de la proporción, hasta el extremo de decirse:—¿Qué podría hacerse por el pobre pueblo?—Oiertas veces hasta se lo preguntaba á sí mismo en voz alta: entonces Ursus levantaba los hombros y le miraba con fijeza. Gwynplaine continuaba soñando.

—¡Si yo fuese poderoso socorrería á los desgraciados! ¿Pero qué soy? un átomo. ¿Qué puedo hacer? nada.

Ya lo hemos dicho: hacer reír es hacer olvidar, y es un bienhechor el que en el mundo puede distribuir el olvido.

## XI

### GWYNPLAINE ESTÁ EN LO JUSTO Y URSUS EN LO VERDADERO

El filósofo es un espía. Ursus, observador del pensamiento, estudiaba á su discípulo. Nuestros monólogos dan á nuestra frente vaga reverberación, clara para la mirada del fisonomista; por eso comprendía Ursus lo que pensaba Gwynplaine. Un día que éste meditaba, Ursus, tirándole del brazo, le dijo:

—Observas y reflexionas demasiado sobre lo que no te importa. Tú sólo debes pensar en amar á Dea. Tu dicha se compone de dos felicidades: la primera consiste en mostrar el hocico á la multitud; la segunda en que Dea no lo puede ver. No tienes derecho á la felicidad que gozas. Ninguna mujer que te vea la boca aceptará tus besos, y esa boca, que te proporciona la fortuna, y esa cara, que te hace adquirir la riqueza, no son las tuyas. Tú no naciste con ese rostro. Tú robaste esa máscara al diablo. Ya que eres tan repulsivo, conténtate con tu suerte. En el mundo existen felices de derecho y venturosos de chiripa. Tú eres feliz por chiripa. Estás en una bodega, en la que se encuentra presa una estrella, y esta estrella te pertenece; no pruebes á salir de la bodega y conserva tu astro, ya que eres una araña. Has cogido entre tu tela el carbunclo Venus. Bien puedes estar contento. Si deseas más eres un idiota.—Oyeme, que voy á hablarte en el lenguaje de la verdadera poe-

sía: que coma Dea buenas tajadas de toro y chuletas de carnero y dentro de seis meses estará fuerte como una turca; cástate con ella entonces, y tened un hijo ó dos, ó tres, ó una pollada. A esto es á lo que llamo yo filosofar. Tener niños es la gran cosa; mirales cómo se cogen del pecho á los seis meses, cómo se arrastran al año, cómo andan á los veinticuatro meses, ver cómo han crecido á los quince y quererlos á los veinte años, no hay alegrías mayores que éstas. Por haber carecido yo de ellas soy un bruto. El buen Dios, que es el primer autor de los más bellos poemas y el primer hombre de letras, dictó á su colaborador Moisés la palabra ¡Multiplicaos! Así lo dice el texto sagrado. Multiplicate, animal. En cuanto al mundo, es lo que es, y no te necesita para seguir yendo mal. No te ocupes en eso que se halla fuera de ti. Deja tranquilo el horizonte. El cómico ha nacido para que le miren, pero no para mirar. ¿Sabes lo que hay fuera de ti? Los felices por derecho. Tú eres dichoso por calamidad, vuelvo á decirte. Tú eres el fullero de la felicidad de que ellos son los propietarios; ellos son legítimos, tú eres intruso, vives en concubinaje con la suerte. ¿Por qué deseas más de lo que posees? Multiplicarse por medio de Dea debe ser muy agradable. Tanta felicidad parece que sea una estafa: los que en el mundo gozan de la felicidad por privilegio, desde su altura no ven con buenos ojos que vivan con tanta dicha debajo de ellos. Si te preguntasen: ¿Con qué derecho eres dichoso? no sabrías qué contestar. Porque tú no tienes título y ellos sí. Júpiter, Alá, Vishnou, Sabaot ó cualquier otro se los firma para que sean felices. Témeles. No te inmiscuyas entre ellos, con la idea de que ellos se inmiscuyan contigo. ¿Sabes quién es el dichoso de derecho? Es un ser terrible, es el lord. Lee el *memento* que se halla escrito en las paredes de mi antigua choza, lee ese breviario de mi sabiduría y sabrás lo que es un lord. Un lord es todo lo que quiere y lo posee todo. Un lord es el que posee, siendo joven, los derechos del anciano; siendo viejo, las envidiables conquistas de la juventud; si es vicioso, el respeto de la gente honrada; si es perezoso, el mando de las personas de la corte; si es vago, el fruto del trabajo y el diploma de Cambridge y de Oxford; si es bruto, la admiración de los poetas; si es

feo, la sonrisa de las mujeres; si es Ther-sita, el casco de Aquiles; si es liebre, la piel del león. No quiero decir con esto que un lord haya de ser forzosamente ignorante, perezoso, estúpido y vago; quiero decir que, si lo es, todo eso no le perjudica; al contrario. Los lores son príncipes. El Rey de Inglaterra no es sino un lord, el primer señor de la señoría. Los reyes, antiguamente, se llamaban lores; el lord de Dinamarca, el lord de Irlanda, el lord de las islas. El lord de Noruega hace únicamente trescientos años que se llama Rey. A Lucius, el Rey más antiguo de Inglaterra, le calificaba San Telesforo de *milord Lucius*. Los lores son pares, esto es, iguales. ¿A quién? Al Rey. No cometeré el error de confundir los lores con el Parlamento. La Asamblea del pueblo, que los sajones, antes de la conquista, titulaban *Wittenagemot*, los normandos, después de la conquista, la intitularon: *Parliamentum*. Poco á poco fué despidiendo al pueblo.

Las cartas cerradas del Rey, que convocaban á los Comunes, llamaban antiguamente *ad consilium nupendendum*, y ellas invitan ahora *ad consentiendum*: los Comunes sólo tienen hoy el derecho de consentir. No tienen libertad más que para decir que sí. Los pares pueden cortar la cabeza del Rey, pero el pueblo no. El hachazo que recibió Carlos I, fué una usurpación del derecho de los pares, y por eso hicieron bien en poner el esqueleto de Cromwell en una horca. ¿De qué procede el poder de los lores? De su riqueza. La prueba de que los lores poseen casi toda la Inglaterra está en el registro de los bienes de los vasallos, que ordenó formar Guillermo el Conquistador y que custodia el Canciller de la Hacienda. Es un libro voluminoso. ¿Sabes que fué doctor doméstico en el palacio de un lord que se llamaba Marmaduke y que poseía novecientos mil francos de renta anual? Puedes ir á alternar con semejante gente. Además, allí es necesario vivir siempre en guardia, porque allí reina el orden en todo. Los cazadores furtivos que se cogen son ahorcados. Por salir fuera del zurrón dos largas orejas peludas, he visto subir al patíbulo á un padre de seis hijos. A mí me agradan los lores, pero huyo de ellos; viví en casa de uno, y esto basta para haberme dejado buenos recuerdos. Recuerdo un castillo de Mar-

maduke por su admirable grandeza, por su hermosa simetría, por sus ornamentos y por todo lo demás de aquel notable edificio. Las casas, los hoteles y los palacios de los lores ofrecen un conjunto de lo más floreciente y magnífico del reino. Me agradan esos señores y me alegro de que sean opulentos, poderosos y felices; yo, que vivo en la obscuridad, veo con gusto ese pedazo de azul celeste que se llama un lord.

¿Sabes que lord Gray de Rolleston, que se sienta en el banco de los Barones, posee en sus montes más árboles gigantescos que cabellos tienes tú en esa cabeza horrible? ¿Sabes que lord Norreys de Rycott, Conde de Abingdon, posee una torre cuadrada de doscientos pies de altura en que se halla escrita esta divisa: *Virtus ariete fortior*, que parece querer decir: *La virtud es más fuerte que un ariete*, pero que dice: *¿El valor es más fuerte que una máquina de guerra?* Sí; honro, acepto y respeto y reverencio á nuestros señores, porque los lores, con su majestad, trabajan para procurar y conservar los adelantos de la nación; su ciencia consumada brilla en las coyunturas difíciles. No quisiera que tuviesen la preferencia en todo, pero la tienen. Lo que se llama en España grandeza, llámase pairía en Inglaterra. Como había gentes que tenían motivo para hallar el mundo miserable, Dios quiso probarles que sabía crear seres dichosos, y crió á los lores para desmentir á los filósofos; esta creación corrige la anterior. El par, hablando de sí mismo, dice: *nos*; el par es plural. El Rey califica los pares de *consanguinei nostri*. Los pares han establecido una porción de leyes sabias, entre otras la que condena á muerte al hombre que corta un álamo de tres años. Tal es su supremacía, que tienen una lengua para su uso particular. En estilo heráldico, el negro, que se llama polvo para el pueblo de los nobles, se llama *saturno* para los Príncipes y *diamante* para los pares. Polvo de diamante y noche estrellada es el negro para los dichosos. Es agradable para el pueblo tener veinticinco Duques, cinco Marqueses, setenta y seis Condes, nueve Vizcondes y sesenta y un Barones, que componen un total de ciento setenta y seis pares, que unos lo son por gracia y otros por señoría. Después de esto, nada significa que haya harapos aquí y allá. Todo no pue-

de ser oro. Hay andrajos, es cierto, pero también hay púrpura. Una cosa compra á otra. Hay indigentes, sí, los hay, pero ellos guarnecen la felicidad de los opulentos, porque, ¡vive Dios! los lores son nuestra gloria. La jauría de Carlos Mohun, Barón Mohun, cuesta tanto de mantener como el hospital de los leprosos de Mooregate y tanto como el hospital de Cristo, fundado para niños en 1553 por Eduardo IV. Tomás Orbone, Duque de Leeds, gasta al año en libras cinco mil guineas de oro. Nuestros lores son extravagantes y magníficos. Suprimir los lores sería una opinión que Orestes no osaría sostener, á pesar de lo insensato que era. Decir que los lores son perjudiciales ó inútiles, es igual que decir que es necesario hacer cimbrear el Estado y que los hombres no fueron creados para vivir como rebaños y morder la hierba, para ser mordidos por el perro. El cordero esquilado el prado, y el cordero es esquilado después por el pastor. ¿Hay nada más justo? A esquilador, esquilador y medio. A mí todo me es igual, porque soy filósofo. Yo sé que Enrique Bowes Howard, Conde de Berkshire, tiene veinticuatro carrozas de gala, pero también sé que no las puede tener todo el mundo. ¿Por eso se ha de hablar contra la opulencia? Tú tuviste frío una noche; ¿pero estás tú solo en el mundo? Otros padecen también frío y hambre. Sin el frío y la nieve de aquella noche, Dea no sería hoy ciega, y si Dea no fuese ciega, no te amaría. Si todos los desgraciados que existen esparcidos por el mundo se quejasen, éste sería un baturrillo. El silencio es el orden. Estoy seguro de que Dios manda á los condenados que se callen, porque si no lo hiciesen así, Dios sería entonces el condenado á oír un grito eterno. La felicidad del Olimpo consiste en el silencio del Cocito. Por lo tanto, pueblo, cállate. Yo liago más, apruebo y admiro. Acabo ahora mismo de enumerarte los lores, pero me faltó agregar á ellos dos arzobispos y veinticuatro obispos. Lord Marmaduke, mi señor, era lord gran tesoro de Irlanda y alto senescal de la soberanía de Knaresburg, en el Condado de York. El lord supremo chambelán, que es oficio hereditario en la familia de los Duques de Ancaster, viste al Rey el día de su coronamiento, y percibe por este trabajo cuarenta anas de terciopelo carmesí y además la cama en

que el Rey acabó de dormir. El más antiguo Vizconde de Inglaterra es sire Robert Bren, que hizo Vizconde Enrique V. Los títulos de los lores denotan soberanía de una tierra, exceptuando al Conde de River, que tiene por título el apellido de su familia. Aun el mismo clero realza á los lores; el obispo de Man es vasallo del Conde de Derby. Los lores poseen animales feroces que ponen en su escudo de armas. Como Dios no ha creado bastantes, ellos crean otros. Han creado el jabalí heráldico, que está sobre el jabalí ordinario, como éste sobre el puerco y como el Señor sobre el sacerdote. Poseen el grifo, que es el águila de los leones y el león de las águilas. Tienen el unicornio, la serpiente, la salamandra, la tarasca, el dragón y el hipógrifo. Todos esos animales, que nos horrorizan, les sirven á ellos de ornamento y de adorno. Poseen su casa de fieras, que llaman blasón, en la que rugen monstruos desconocidos. Su orgullo hace prodigios, su vanidad está llena de fantasmas que se pasean en ella como en noche sublime, con cascos, corazas y espuelas, empuñando el bastón de mando y diciendo con voz grave: Somos los antepasados. Los escarabajos se comen las raíces y las panoplias se comen al pueblo. ¿Por qué no? ¿Hemos de variar nosotros las leyes? La forma es parte integrante del orden. Hay un Duque en Escocia que galopa treinta leguas sin salir de sus posesiones. El lord arzobispo de Canterbury tiene un millón de francos de renta al año. Su majestad tiene cada año setecientas mil libras esterlinas de dotación en la lista civil, sin contar con magníficos castillos, bosques, dominios, feudos, prebendas, confiscaciones y multas, que dan más de un millón de libras esterlinas. El que no esté satisfecho de esto, es difícil de contentar.

—Sí—murmuró Gwynplaine, pensativo; —del infierno de los pobres se forma el paraíso de los ricos.

## XII

## URSUS POETA, ARRASTRA Á URSUS FILÓSOFO

De improviso entró Dea, y Gwynplaine fijó en ella la mirada y no se acordó ya de nada más. Así es el amor: puede invadirnos durante algunos momentos la obsesión de una idea cualquiera, llega la mujer querida, y ésta hace desvanecer súbitamente todo lo que no es su presencia, y tal vez en nosotros hace desaparecer un mundo.

En el *Caos vencido*, la palabra monstruo, dirigida á Gwynplaine, disgustaba á Dea. Algunas veces la alteraba, cambiándola por otra más suave. Ursus toleraba, aunque no sin impaciencia, que se modificase el texto. De buena gana hubiese dicho á Dea, como en nuestros días Moessard á Vissot: *No tienes respeto al repertorio*.

*El hombre que ríe*. Bajo esta forma Gwynplaine había logrado celebridad. Su nombre, casi ignorado, desapareció tras dicho epíteto burlesco, lo mismo que su semblante tras su máscara; máscara era también su popularidad.

Sin embargo, su nombre se leía en un largo escrito pegado á la parte alta de la Green-Box, que era un cartel redactado por Ursus para conocimiento del público. Decía de esta suerte:

«Aquí se verá á Gwynplaine, que fué abandonado á la edad de diez años, la noche del 29 de enero de 1690, por los malvados comprañios, á la orilla del mar, en Portland; que creció y se hizo hombre, y hoy le llaman

»EL HOMBRE QUE RÍE»

La existencia de los saltimbanquis era la vida de los leprosos en un hospital y la de los felices en una Atlántida.

Todos los días experimentaban el brusco tránsito desde la exhibición pública y ruidosa, á la abstracción y soledad más absolutas. Todos los días salían al mundo: eran como muertos, que se iban para reaparecer al día siguiente. El comediante es un faro que sufre eclipses; primero aparición, luego desaparición, y sólo existe para el público como fantasma y claridad en esta vida de fuegos fatuos.

A la vida pública seguía el encierro. En cuanto concluía el espectáculo, mientras que el auditorio se disolvía y el tumulto de satisfacción se disipaba, diseminándose por las calles y plazas, la Green-Box levantaba su panneau, como una fortaleza su puente levadizo, y cortaba su comunicación con el género humano. A una parte quedaba el mundo y á la otra el carromato, y éste encerraba la libertad, la conciencia tranquila, el valor, la abnegación, la inocencia, el amor y la felicidad.

La ciega, que veía, y la deformidad, que amaba, se sentaban juntos, estrechándose las manos, rozándose las frentes y hablando en voz muy queda.

El compartimiento del centro servía para dos objetos: para el público, de teatro, y para los actores, de comedor.

Ursus contaba el dinero que entraba en caja cada noche, y luego cenaban. Para el amor todo es ideal, y beber y comer juntos, cuando se ama, admite tiernas promiscuidades furtivas, que hacen que un bocado se transforme en un beso. Se bebe la cerveza ó el vino en el mismo vaso. Gwynplaine servía á Dea, le cortaba los pedazos, le llenaba la copa y se aproximaba muchísimo á ella.

—¡Hum!—exclamaba Ursus, y su gruñido concluía, contra su voluntad, en sonrisa.

El lobo cenaba debajo de la mesa, inatento á todo menos á los huesos que le echaban.

Venus y Febe—ó sean Vinos y Fibe, como les llamaba el público,—participaban de

la cena y hablaban, entre ellas, extraña jerigonza. Después Dea entraba en el gineceo con las otras dos mujeres; Ursus iba á atar á Homo de la cadena debajo del carruaje, y Gwynplaine iba á arreglar los caballos; el amante se convertía en palafrenero, como si fuese un héroe de Homero ó un paladín de Carlo-Magno. A media noche todos dormían, á excepción del lobo, que de vez en cuando abría el ojo, penetrado de su responsabilidad.

Al día siguiente volvían á encontrarse, se desayunaban juntos, generalmente con jamón y con te; el te en Inglaterra data de 1678. Después, Dea, siguiendo la moda española, y por consejo de Ursus, que la veía muy delicada, dormía algunas horas, durante las cuales Gwynplaine y Ursus se dedicaban á hacer los preparativos que dentro y fuera exige la vida errante.

Rara vez Gwynplaine salía de la Green-Box, y cuando salía era por calles desiertas y excusadas. En las ciudades salía únicamente por la noche y ocultando el rostro en un descomunal sombrero de alas caídas, con la idea de no gastar la faz por las calles. Sólo en el teatro se le veía con la cara descubierta.

La Green-Box frecuentaba poco las ciudades; Gwynplaine, á los veinticuatro años, la mayor que había visto era la de las Cinco-Puertas. Su celebridad, no obstante, aumentaba de día en día y llegaba ya más arriba del populacho. Los aficionados á las singularidades de las ferias y los buscadores de curiosidades y de prodigios sabían que existía, llevando vida nómada, un máscara extraordinario. Se hablaba de esto; le buscaban, interrogando: —¿Dónde está?— *El hombre que rie* iba á ser verdaderamente famoso. La fama daba lustre al *Caos vendido*.

Ursus llegó á ser ambicioso y un día dijo:

—Es necesario ir á Londres.

## LIBRO TERCERO

### Empieza la hendidura.

†

#### LA POSADA TADCASTER

Londres, en esta época, tenía sólo un puente, el puente de Londres, lleno de casas: este puente unía la gran capital al arrabal Southwark, empedrado y plagado de guijarros y piedrecillas arrojadas por el Támesis, y era un laberinto de callejuelas, en las que había muchas obras de albañilería y casas y chozas de madera amontonadas; combustible excelente en un incendio, como lo probó el del año 1666.

El Southwark, en esta época, se parecía al de hoy como Vaugirard se parece á Marsella; entonces era un pueblo, hoy es una ciudad. No obstante, allí había gran movimiento de navegación. Encima del Támesis, en vieja y gruesa pared ciclópea, estaban clavadas las anillas á las que se amarraban los barcos del río. Esta especie de muralla llamábase la pared de Effroc, y la leyenda refiere que tomó este nombre de un Duque de Effroc que se ahogó al pie de ella, porque allí el agua tiene seis brazas de profundidad. La excelencia de este anclaje pe-

queño atraía hasta los navíos, y allí iba á anclar el antiguo buque de Holanda llamado la *Vograat*; dicho buque hacía directamente una vez á la semana la travesía de Londres á Rotterdam y de Rotterdam á Londres. Otros barcos salían dos veces cada día, ya para Deptfort, ya para Greenwich, ya para Gravesend, bajando con una marea y subiendo con otra. El trayecto desde allí á Gravesend, aunque era de veinte millas, se hacía en seis horas.

La *Vograat* era de un modelo que hoy ya sólo se encuentra en los museos de marina. En la época de esta historia, en la que Francia copiaba á Grecia, la Holanda copiaba á la China. La *Vograat* tenía el casco pesado y con dos mástiles; sus tabiques eran perpendiculares; tenía la cámara muy honda en el centro del bastimento, y dos puentes cubiertos, uno delante y otro detrás, lo que tiene la ventaja de disminuir la presa de las olas sobre el barco en tiempo de borrasca, y el defecto de exponer la tripulación á los golpes de mar, á causa de la ausencia de parapeto. Nada detenía en la orilla al que caía, y de aquí procedían las frecuentes caídas y las pérdidas de hombres, que lograron hacer abandonar dicho buque. Navegaba